



Capítulo 3

Rumbo a la Argentina del Centenario. Una Argentina para pocos (1880-1916)

1

3.1 La presidencia de Sarmiento: entre el “porteñismo” y la “barbarie”

Las bases del modelo agroexportador habían sido sentadas por el mitrismo a través de su doble genocidio (al interior federal y al Paraguay) y de su estrecha alianza con el capital británico. La economía nacional marchaba luego de la década del '60 hacia un inexorable destino semi-colonial. Su fisonomía podía representarse como la de una enorme cabeza que mira al Atlántico a través de sus puertos litoraleños y un cuerpo interior enorme pero raquítico y desolado. En este contexto, sin embargo, asumió la presidencia un hombre del interior; aunque cacique de la reciente represión mitrista, aunque futuro ideólogo de la oligarquía en su eternizada concepción de “civilización o barbarie”, sanjuanino al fin.

Hacia 1868 Mitre había culminado su presidencia y se hallaba imposibilitado de anteponer un candidato porteño a la presidencia, como hubiera sido el caso con Rufino de Elizalde. Además, en Buenos Aires había crecido la influencia de Adolfo Alsina, jefe del autonomismo que se caracterizaba ante todo por su anti-mitrismo. Sarmiento, por su parte, pudo granjearse el apoyo del interior devastado, logrando en algún punto despegarse del localismo que expresaban Mitre y la oligarquía porteña. Ante esta distribución de fuerzas en donde ninguno de los posibles presidenciables reunía la cantidad de electores necesarios, se produjo la alianza entre



Sarmiento y Alsina, fórmula que finalmente triunfó y que expresaba, en cierta medida, un quiebre en el continuismo mitrista y porteño. Asimismo, se comenzaba a edificar los cimientos de lo que sería el Partido Autonomista Nacional.

La presidencia de Sarmiento, si bien mantuvo inalteradas las pautas generales del modelo agroexportador, impulsó medidas que podrían considerarse como reparos al mismo. Un aspecto fue su política ferroviaria, donde a través del Estado desplegó tendidos en las zonas mediterráneas, allí donde el mitrismo y el capital británico no estaban interesados, como el caso del trazo Córdoba-Tucumán; sin embargo, no ocurrió lo propio con el ferrocarril Pacífico, otorgado en concesión a capitales británicos en negocio espurio a tono con las prácticas mitristas. Paralelamente al tendido ferroviario, hizo crecer también la red telegráfica, al tiempo que amplió considerablemente el número de escuelas y el presupuesto educativo a nivel nacional, punto este último estimulado mayormente por su ministro de Instrucción Pública, Nicolás Avellaneda. Asimismo, dio estímulo a la inmigración, convencido en sus pretextos ridículamente denigratorios respecto del nativo americano.

Admirador de los Estados Unidos, en la cuestión agraria fue donde tuvo mayores enfrentamientos con la oligarquía terrateniente, ya que promovió proyectos tendientes a estimular la pequeña propiedad con la certeza de que el latifundio era un mal para las naciones. También auxiliado ideológicamente en esta cuestión por su ministro Avellaneda, los asoció con cierta propensión al desarrollo industrial, aunque sólo se trataron de tibios intentos que no alteraron la dinámica general semicolonial. A pesar de sus intentos -algunos proyectos de colonización agrícola que descansaron en el Congreso, otras posiciones públicas acertadas ante puntuales conflictos- la concentración en la posesión de la tierra se incrementó y las importaciones siguieron superando con creces a lo exportado. Dentro del orden semicolonial Sarmiento fue el primer presidente provinciano que, en tanto tal, asentado como “huésped” en la ciudad



puerto y en su afán de modernizar el país, destinó fondos para el desarrollo parcial de zonas que excedían al núcleo pampeano y litoraleño, lo que invitó a la crítica despiadada de la prensa porteña que juzgaba lo actuado como una confiscación de sus recursos. En este sentido, es insoslayable destacar la constante oposición del diario La Nación al “loco” Sarmiento, prédica por momentos destituyente que se mantuvo durante todo su mandato. Paradójicamente, la obra filosófica y literaria de Sarmiento lo convertirá en el ideólogo del proyecto oligárquico ya que desarrolló y fundamentó la dicotomía civilización-barbarie, al decir de Arturo Jauretche, la madre de todas las zonceras argentinas.

Sarmiento había conseguido el simbólico apoyo de Urquiza y con éste equilibraba la crítica de la prensa porteña. En medio de esta situación, a principios del año '70 se difundió la noticia del asesinato de Urquiza, perpetrado por grupos urquicistas que lo consideraban naturalmente un traidor. Ante esto la legislatura entrerriana designó Gobernador a Ricardo López Jordán, quien fuera lugarteniente urquicista y que sintetizaba la lucha federal provinciana como pocos: Caseros, Cepeda, Pavón... Frente a la crisis entrerriana, Sarmiento, que venía tensionando con la prensa porteña en distintos frentes, hizo rápidamente causa común y, recordando sus recientes campañas como comisario político del ejército mitrista en el Interior contra la montonera, lanzó fervoroso el grito de guerra contra la persistente “barbarie” interviniendo militarmente la provincia. Intelectuales del federalismo porteño nucleados alrededor de la figura de Nicolás Calvo, críticos de la guerra al Paraguay y cercanos al autonomismo del “compadrito” Alsina, escaparon de la Capital para pelear junto a las huestes jordanistas, entre ellos José Hernández, pronto a publicar su Martín Fierro, el poema nacional que ilustrará en su máxima expresión literaria a lo popular.

Cierto es que Sarmiento tuvo otras intervenciones a provincias ante similares crisis institucionales, pero ninguna le insufló tanto presupuesto ni iniciativa política como esta que, a pesar de ser



reprimida con los novedosos Remington importados, durará algunos años hasta ser finalmente sofocada. Además, fue en esta coyuntura dónde Sarmiento construyó una suerte de “reedición” de su alianza con la oligarquía porteña que, si venía maltrecha desde su asunción, ahora revivía al calor de sus más frustrados enconos contra el gauchaje y la montonera. Así que su presidencia, inmersa en estas profundas contradicciones, continuando al mitrismo y a la vez anunciando la de Avellaneda, se resumiera en los misterios de su personalidad, en esos tiempos comprendida bajo el lema de “provinciano en Buenos Aires y porteño en las provincias”¹

Al finalizar su gobierno, la distribución de fuerzas que se disputaban la futura presidencia se mantenía casi inalterada. Alsina mantenía su preeminencia sobre la provincia de Buenos Aires, Mitre lo hacía en la Capital, a lo que sumaba algunas provincias siempre fieles como la Santiago del Estero de los Taboada, y Avellaneda era la carta antimitrista que jugaba Sarmiento como forma de mantener el apoyo de la Liga de Gobernadores que lo había catapultado a él mismo. Ante similar coyuntura, también parecida fue la posición de Alsina, que al volcarse por la candidatura de Avellaneda –lanzada desde Córdoba simbolizando el apoyo interior- volvía a dirimir la cuestión. Pero esta vez el mitrismo no aceptaría incólume su dimisión.

3.2 La presidencia de Avellaneda: preludio al tardío triunfo provinciano

La presidencia de Nicolás Avellaneda estuvo condicionada de principio a fin. En sus orígenes, por la crisis internacional de 1873 que deprimió los precios internacionales de exportación y también el volumen de manufacturas que abastecían nuestro -dependiente- mercado interno. Asimismo, la crisis volvió a la banca británica

¹ Murray, Luis Alberto (1974): *Pro y contra de Sarmiento*. Buenos Aires: Peña Lillo, página 87.



inflexible en lo relativo al cobro de sus empréstitos, situación a la que el presidente responderá con la conocida y poco célebre frase “pagaremos a costa del hambre de los argentinos”.

Para alcanzar el gobierno, Avellaneda había realizado una alianza con el autonomismo liderado por Alsina, de la cual nació el Partido Autonomista Nacional. Fruto de esta alianza fue nombrado el mismo Adolfo Alsina como ministro de Guerra y otros integrantes de su gabinete provenían también de las filas del autonomismo. Sufiría las resistencias del mitrismo y el consecuente hostigamiento de su prensa y legislatura.

Ante la resolución de candidaturas, que preveía una nueva frustración porteña con solo contar rápidamente los electores, el mitrismo comenzó la organización de sus maniobras sediciosas, las cuales acabaron por tomar cuerpo cuando Avellaneda efectivamente ganó las elecciones. Así, apenas se conocieron los resultados, el mitrismo declaró que había habido fraude y se levantó en armas contra las nuevas autoridades. Mitre se alzó en Buenos Aires y el general Arredondo hizo lo propio en Cuyo, con el apoyo siempre firme de los Taboada desde Santiago del Estero. Mitre fue derrotado, como en casi todas las batallas que condujo, por fuerzas increíblemente inferiores tanto en número como en armamento. Paralelamente, Sarmiento enviaba a Julio Argentino Roca a sofocar el alzamiento en Cuyo, objetivo que consiguió en la batalla de Santa Rosa, destacada victoria en la que se terminó con la fuerza política mitrista en el Interior y a partir de la cual Roca inició su carrera política en el Ejército nacional.

El mitrismo, aunque sofocado, se mantenía fuerte como expresión política de una Capital que denostaba a su nuevo “inquilino”, esta vez tucumano pero provinciano al fin para su localismo. En este contexto, la presidencia de Avellaneda fue expresión de una conciliación constante. Desde esta perspectiva han de entenderse sus primeros nombramientos en Economía: Lucas González, primero, y Norberto de la Riestra después, financistas



amigos de los ingleses que tutelaban “a ambos lados del mostrador”. A este último -ministro predilecto de los ingleses durante el mitrismo- le tocó gestionar la peor parte de la crisis internacional al punto que se vio obligado a enviar un proyecto de ley que elevaba algunos aranceles a las importaciones, medida desde una perspectiva netamente fiscalista y provisoria ante la emergencia de la crisis, pero que sin embargo provocó una intensa discusión sobre proteccionismo y librecambismo en el Congreso.

El debate parlamentario acabó por frustrar el proyecto de ley del ministro forzando su renuncia y extendiendo la aplicación de aranceles a los productos industriales importados y no en mera clave rentista. Los diputados del interior corregían así la tímida propuesta conciliadora de Avellaneda y al mismo tiempo daban nacimiento a un movimiento político-cultural que al calor de la sanción de la nueva ley de aduanas y de los primeros signos de surgimiento industrial dio sustento intelectual a la coyuntura. De estos años dataron célebres discursos industrialistas, destacados por ejemplo en las personalidades de Carlos Pellegrini y Emilio de Alvear. El primero comprendió un hondo simbolismo en una simple frase: “Es necesario que en la República se trabaje y se produzca algo más que pasto”; mientras que el segundo, pudo ser aún más preciso: “Sólo cuando Argentina haya alcanzado la altura de Inglaterra estará en condiciones de adoptar y utilizar en su provecho el librecambio”². Consecuencia de este movimiento intelectual fue también la formación del Club Industrial y, poco después, del Centro Industrial al tiempo que el activismo político de múltiples personalidades del federalismo que, pasado el temblor mitrista, avanzaban ahora, bajo el sostén que otorgaba el Parlamento, con una oleada de proyectos de leyes industriales. Rafael Hernández, por ejemplo, propuso la elaboración de cemento, de caños, al tiempo que un proyecto de ley por el que la policía debía vestirse con telas confeccionadas en el país. Medidas de este estilo proliferaban, en parte por la necesidad

² Galasso, Norberto (2000): *Cuadernos para la Otra Historia: De Avellaneda a Roca*. Buenos Aires: Centro Cultural Enrique Santos Discépolo, páginas 12 y 17.



suscitada por la crisis internacional y en parte por la hegemonía lograda por el Interior al fin en el Congreso.

Asimismo, Avellaneda -quien se suponía que había promovido la idea de la pequeña propiedad rural en Sarmiento- continuó la política de colonización agraria, aunque también en este caso mantuvo inalterado el régimen pseudo latifundista que regía en la Pampa húmeda. De igual manera también, continuó estimulando la inmigración como su antecesor Sarmiento.

Sin embargo, el mitrismo, aunque doblegado militarmente, mantenía su poder en su reducto portuario. En momentos en que todo indicaba que la “tercera presidencia” del Interior alteraría al fin su condición de “huésped” en una Capital prestada, es decir, que federalizaría la ciudad de Buenos Aires decretándola Capital de la República, el mitrismo logró cooptar a Adolfo Alsina y tras este, al eterno conciliador Avellaneda. La claudicación de Alsina produjo una ruptura en las filas autonomistas de la cual nació el Partido Republicano, espacio político en el cual se destacó Alem y Aristóbulo del Valle y tiempo más tarde, Hipólito Yrigoyen.

La conciliación se formalizó en un encuentro entre Mitre, Rufino de Elizalde, Avellaneda y luego Alsina. Como resultado del acuerdo, Avellaneda sumó a Elizalde a su gabinete y otorgó una amnistía a los militares mitristas sublevados en el 74; en términos de candidaturas, se decidió que el porteñista Carlos Tejedor iría a la Gobernación de Buenos Aires y Adolfo Alsina –finalmente- a la presidencia. Pero la muerte del viejo líder político dejó vacante la candidatura presidencial, iniciando un nuevo –pero en este caso el último- capítulo de la guerra civil.

Se frustraba, además, su proyecto de “zanjas móviles” para avanzar sobre las tierras indígenas. situación que haría proclive que tomara mayor fuerza la propuesta del ejército nacional que, al mando de Roca, insistía en la conveniencia de una incursión militar directa



tendiente a eliminar o en su defecto desplazar a las comunidades indígenas por sobre los límites del Río Negro.

3.3 ¿Qué fue la Campaña al desierto?

Hacia 1879 el modelo agroexportador se estaba fortaleciendo. Pero para hacerlo, la oligarquía necesitaba aumentar tierras para la producción. En nuestro país existían aún amplias regiones libres, es decir, tierras que se encontraban bajo el control de los pueblos originarios y que no habían podido ser conquistadas. Estos pueblos habían resistido desde la llegada de los europeos y seguían manteniendo su autonomía: así ocurría en la región chaqueña (Chaco, el norte de Santa Fe, Formosa, el este de Santiago del Estero) y en la Patagonia (Chubut, Neuquén, Santa Cruz Tierra del Fuego).

Los intentos de colonización y los enfrentamientos habían comenzado hacia 1826 con las primeras expediciones enviadas por Rivadavia (quien contrató a un militar prusiano llamado Rauch para ello) y continuaron con los sucesivos gobiernos, incluido el largo período rosista. Pero recién en 1879 el ejército argentino estaba en condiciones de combatir a los ranqueles, mapuches y tehuelches que vivían en la Pampa y en el Sur. Contando con armas modernas - como la Remington- y el telégrafo -que posibilitaba la comunicación entre las diferentes columnas del ejército- lograron controlar el territorio llamado por los blancos "desierto", o sea no habitado por la "civilización".

Murieron cerca de 2600 indígenas y resultaron presos entre 15.000 y 17.000, que fueron enviados como obreros al norte, como servicio doméstico a la ciudad o -los considerados más peligrosos- confinados la Isla Martín García. Las tierras fueron apropiadas por los grandes terratenientes.

Terminaba así, la colonización de "nuestra tierra", con la eliminación o incorporación forzosa de las culturas ancestrales a la



producción capitalista y la consolidación de la oligarquía terrateniente mediante la extensión de la frontera agropecuaria. Si bien al principio los oficiales del ejército recibieron algunas propiedades, con el tiempo debieron mal venderlas, ya que no podían sostenerlas por su extensión o por falta de capital para invertir.

La “conquista del desierto” fue, por una parte, la etapa final de un largo genocidio que a la luz de los siglos acabó por implantar la hispanidad y el catolicismo en estas tierras. Pero también, y en los términos más referentes a su tiempo, un genocidio que barrió con las relaciones sociales existentes entre los indígenas, reforzando las bases del modelo agro-exportador y, sobre todo, consolidando en el actual territorio los cimientos de la nacionalidad. Así lo expresaba Roca: "Sellaremos con sangre y fundiremos con el sable, de una vez y para siempre, esta nacionalidad argentina, que tiene que formarse, como las pirámides de Egipto, y el poder de los imperios, a costa de sangre y el sudor de muchas generaciones"³.

3.4 El roquismo y la nacionalización de la Aduana

Julio Argentino Roca -en pleno “prestigio” por lo que fuera una “exitosa” incursión “al desierto”- utilizó, en 1880, su capital político para lograr la unificación de la Liga de Gobernadores que reclamaba, de una vez por todas, la efectiva nacionalización de los recursos de la Aduana. Tal como sostiene Mayer, “...los porteños, que habían perdido el control del gobierno nacional al caer Rosas en Caseros, y lo habían recuperado gracias a Mitre en Pavón, comprendieron que con el general Roca, exponente nato del interior, perderían para siempre el manejo de la Aduana y del papel moneda, que aún emitían, su derecho de pernada sobre el comercio exterior. Clamaban los diarios que con Roca volvería el cintillo punzó: era

³ Carta del General Julio Argentino Roca a Dardo Rocha, del 28/04/1880. Citada por Rivero, Astengo A. (1944). *Juárez Celman*. Buenos Aires: Kraft, página 176.



como Urquiza, en los tiempos de la Confederación, `una amenaza de muerte para el pueblo de Buenos Aires´”⁴.

Con la muerte de Alsina se había quebrado la “conciliación” entre el mitrismo y el autonomismo. Roca surgía como la figura que representaba los intereses de las provincias contra la ahora sublevada Capital, en manos del mitrista Tejedor. Nicolás Avellaneda culminaba su presidencia en medio de un evidente vacío de poder. Buenos Aires se armaba; lo mismo el interior. El mitrismo se expresaba ahora en la figura de Carlos Tejedor que se había acantonado en Buenos Aires armando a sus partidarios con provisiones llegadas del exterior. Roca, por su parte, organizó su fuerza a partir del ejército que, no sólo contaba con las huestes “bárbaras” de la otrora montonera, sino también había sumado a ciertos “bárbaros del Sur”, indígenas que se habían incorporado al ejército luego de la reciente Conquista. En aquel contexto, en una carta a Dardo Rocha, expresó Roca: “La guerra civil, que me horroriza, porque nos hará retroceder veinte años, se nos viene, mi amigo, inevitablemente. El espíritu localista da su última batalla contra la nacionalidad. Es el pleito viejo sostenido ahora felizmente por muy pocos, y si son fuerza es porque tienen de su parte a los elementos oficiales de esa poderosa provincia”⁵.

Los enfrentamientos se produjeron finalmente en junio del álgido año 80 cuando Roca ingresó con el ejército a Buenos Aires. Luego de una serie de enfrentamientos militares de gran relevancia – y pocos recordados por la historia oficial-, el triunfo del interior fue definitivo. Los recursos de la Aduana razón -principalísima causa de más de medio siglo de guerras civiles- se federalizaron al fin. Con un saldo de 3.000 muertos -casi el doble que en Caseros y más aún que en Pavón- se cerraba un largo capítulo de la historia de la organización del Estado argentino.

⁴ Mayer, José (1963): *Alberdi y su tiempo*. Buenos Aires: EUDEBA, página 868.

⁵ Terzaga, Alfredo (1976): *Historia de Roca*. Buenos Aires: Peña Lillo, página 199.



3.5 La generación del '80

Julio Argentino Roca fue parte de la llamada “generación del '80”. Se trató de un grupo dirigente que desde la historia oficial ha sido caracterizado como liberal y europeísta, es decir como una continuidad de la línea rivadaviana-mitrista. Como supo ocurrir en distintos períodos históricos, el revisionismo nacionalista va a coincidir con la caracterización de la historia oficial, pero otorgándole una connotación negativa: el positivismo y ateísmo que pregonaban habrían desviado a la nación de su prominente destino hispano y católico. Ahora bien, ¿qué proyecto de país expresó esta generación, primera clase dirigente a nivel realmente nacional?

11

En primer lugar, cabe destacar que se trató de un grupo que contuvo en su interior diversas contradicciones. Por un lado, podría decirse que en términos generales suscribieron al liberalismo y, en algunos casos, concibieron a la inmigración desde una matriz europeísta extranjerizante heredera del ideario sarmientino.

Sin embargo, entre sus figuras encontramos grandes excepciones sobre todo en lo referido a lo económico ya que se levantaron voces que defendieron el desarrollo de la industria, es decir la contracara del modelo agro-exportador que se encontraba en pleno auge.

Figuras como Rafael y José Hernández fueron fervientes defensores de la industrialización nacional, al igual que Carlos Pellegrini, Carlos Casares y Emilio de Alvear. Por otra parte, podría incluirse aquí a Mariano Fraguero, hombre de fuertes convicciones en torno al desarrollo de la banca pública y en este sentido figura antagónica al modelo expoliador de finanzas inglesas que acabaría por imponerse⁶. El caso de Eduardo Wilde, por citar un último entre

⁶ En este sentido, resulta importante subrayar que el endeudamiento externo durante este período roquista, fue mayormente contraído con prestamistas alemanes y franceses, y no así con la banca inglesa, de histórico asiento en Buenos Aires. Asimismo, este endeudamiento fue destinado fuertemente a la obra pública, distinto



tantos, ostentaba un pasado fuertemente anti-mitrista, al punto que continuaba hablando en términos populares y de unidad latinoamericana. Además de la industria, se preocuparon por la organización jurídica de la naciente nación, y en muchos casos propusieron orientar la educación hacia la ciencia y la técnica.

El grupo dirigente del '80 practicó empero cierto conservadurismo político ya que consideraba a la clase alta como la única apta para gobernar; suerte de vanguardismo intelectual y elitista que derivaría en el ejercicio del fraude electoral⁷.

Como puede observarse, se trató de una generación que, entreverada en sus contradicciones, intentó oponer ciertos reparos – tardíos- al desarrollo agro-pastoril con núcleo portuario; en este sentido, heredera de la tradición federal-provinciana, saltó a la arena política desde una filiación mayormente anti-mitrista. La caracterización en tanto “generación del modelo agro-exportador” construida luego por la historia oficial intentó otorgarle a la implantación de tal modelo, modos institucionales y republicanos, ocultando intencionadamente que sus bases se impusieron durante la época mitrista, es decir, mediante una sanguinaria represión al caudillaje que incluyó el genocidio perpetrado en Paraguay.

3.6 El proyecto roquista en el gobierno

Así como se ha juzgado simplídicamente a la generación del '80, también se lo ha hecho con el primer gobierno de Roca. En su primera presidencia (1880-1886) -y con los recursos aduaneros nacionalizados- se tomaron una serie de medidas paradigmáticas para la organización nacional:

al de carácter inglés que sólo revelaba negocios financieros, concesiones en servicios públicos estratégicos y posterior sumisión política.

⁷ Trampas tales como el voto doble, el voto de los muertos o la amenaza a los votantes (facilitada porque el voto era cantado).



- Designación de Buenos Aires como Capital Federal de la Nación: esto implicaba no sólo que las rentas de la Aduana finalmente se repartirían entre todas las provincias, sino que Buenos Aires, como Capital, era sede del gobierno nacional y pasaba a ser de todos los argentinos⁸.

- La creación del registro civil: antes de esta ley, la Iglesia se ocupaba de registrar en los libros de las parroquias los nacimientos, los casamientos y las muertes. Esto le daba un gran poder y no permitía que el Estado pudiese conocer la cantidad de habitantes ni información de similar valor.

- La Ley 1420: establecía la educación laica (no religiosa), gratuita y obligatoria para todos los niños entre 6 y 12 años.

- Unificación de la moneda: establecía por ley que en todo el territorio circule la misma moneda (existían monedas provinciales, en metal y papel que circulaban por todo el territorio).

En simultáneo con estas leyes fundacionales, el gobierno de Roca -que asentaba su poder en la Liga de Gobernadores frente a la resistencia en la oligarquía bonaerense- emprendió un proceso de fuerte inversión pública, posibilitado en gran medida por el manejo de los recursos aduaneros que el interior podía al fin coparticipar. Así, crecieron las fábricas de manufacturas en las grandes ciudades y el debate en torno a la industrialización pasó al frente de la agenda pública. Paralelamente, se verificó una diversificación de los cultivos primarios al verse estimuladas zonas alternativas a las comprendidas en el litoral exportador; fue el caso de la caña de azúcar en Tucumán y de la producción vitivinícola en Cuyo, proyectos en gran medida en manos de inmigrantes -no de la oligarquía tradicional-. Cuestiones que, si bien no alcanzaban los niveles de independencia y desarrollo necesarios para alterar las bases ya asentadas del modelo agro-

⁸ Allí aparecía otro problema: ¿cuál sería la capital de la provincia de Buenos Aires, entonces? Se pensó que lo mejor era fundar una nueva ciudad, para evitar conflictos entre las ya existentes. Es así como Dardo Rocha intervino en la planificación de la ciudad de La Plata.



exportador, demostraban un tibio intento de alterarlo, cuestión que se expresó también en las iniciales riñas con la banca inglesa y en el odio que por aquellos tiempos le profesó la prensa oligárquica hegemónica porteña.

3.7 Divisiones en el Partido Autonomista Nacional

Hacia finales de su presidencia, Roca y el Partido Autonomista Nacional comenzaron a encontrarse con limitaciones económicas estructurales. Habían pasado décadas en que los esfuerzos públicos, merced al tesoro anclado en Buenos Aires, se direccionaban únicamente hacia las zonas litorales. Sólo el trazado de los ferrocarriles en abanico hacia el puerto de Buenos Aires, resulta ilustrativo de las dificultades para alcanzar un desarrollo autónomo e integrado. A pesar de los estímulos al mercado interno verificados en estos años, la infraestructura estaba ya desarrollada en clave semi-colonial. Si el roquismo era el heredero de las luchas de los caudillos federales contra el centralismo porteño -en cualquiera de sus versiones: ya unitario y represivo, ya federal y conciliador-, era también tardía su redención, y aunque con aduana federalizada y con el parlamento a favor, la economía se encauzaba hacia la tecnificación del agro-negocio a través del frigorífico. La clase política, en cuanto expresión frustrada de esta indisimulable realidad, tardaría poco en claudicar y virar hacia lo que Eduardo Wilde denominará “la mitrificación del PAN”.

Este camino comenzó con la asunción de Juárez Celman, en 1886. De aquí en más, la corrupción, las privatizaciones fraudulentas y los negociados con Inglaterra tomarían el carácter de escandalosos. Transcurrida la mitad de su presidencia, el gobierno juarista se encontraba políticamente muy debilitado. Registraba además de la oposición mitrista -por provinciano, y porque Buenos Aires quería conducir el proyecto semi-colonial por sí misma-, la



propriadamente roquista, que se expresaba en los disensos que ahora mantenía el presidente con su vice, Carlos Pellegrini, y con Eduardo Wilde, ministro del interior a quien había desplazado recientemente. Por otro lado, estaba el plano económico, en donde su viraje hacia el imperialismo británico se verificaba en una serie de privatizaciones concedidas a su capital y en un restablecimiento intensivo de los créditos por parte de la casa Baring. Para mediados del año 90, el gobierno se encontró acorralado y decretó oficialmente su imposibilidad de pagar la deuda. Esta situación generó las condiciones para que estalle la “Revolución del Parque” o “Revolución del '90”.

3.8 La revolución del '90 y la Unión Cívica

Esta revolución ha sido enaltecida por la historia oficial que la ha juzgado como un levantamiento moral y republicano contra la corrupción extrema del gobierno juarista. A tono con esta interpretación hegemónica, el radicalismo liberal la glorificará como uno de sus hitos fundacionales, en particular luego de abandonar el legado yrigoyenista y encapsularse en un abstracto consignismo formal-institucional. Sin embargo, cuando se analizan los actores sociales de dicho movimiento, puede verificarse que fue protagonizada por una corriente mitrista, porteñista y oligárquica y por otra, que hundía sus raíces en el federalismo porteño alsinista. En esta última corriente militaban Leandro Alem, su sobrino Hipólito Yrigoyen, Aristóbulo del Valle y Bernardo de Irigoyen, entre otros.

La fracción mitrista le aportaba a la revolución no sólo el poder económico, sino la prensa y el aparato cultural de legitimación, por lo que ejercía una clara hegemonía hacia el interior del movimiento. Así, la revolución del '90 podría ser juzgada como un alzamiento propriadamente porteño y de tintes mayormente oligárquicos



contra el gobierno “provinciano” de Juárez Celman, que encima había incurrido en la osadía de perpetrar negocios con su histórico amo británico.

Si bien la revolución fue derrotada, el gobierno de Juárez quedó debilitado, lo que pronto provocaría su renuncia y la asunción de su vicepresidente, el roquista Pellegrini. Asimismo, junto con la revolución nacía la Unión Cívica, partido que, para aquel momento, nucleaba a ambas tradiciones políticas porteñas.

3.9 La claudicación del Partido Autonomista Nacional

Carlos Pellegrini asumió la presidencia en medio de una fuerte crisis política y económica y, a pesar de insistir en sus intentos industrialistas, su breve gobierno estuvo prácticamente reducido a lidiar con el pago de la deuda externa que Gran Bretaña y la Baring le reclamaban. Finalmente, el asunto acabó con un préstamo que Gran Bretaña le otorgó a la Argentina para que cancelara su deuda con la Baring.

Hacia el final de su mandato, quedaron en evidencia las disputas entre Juárez Celman y Roca, principalmente por el manejo de la Liga de Gobernadores. Se generó un proceso por el cual se fue burocratizando aquella base social que en el '80 supo conducir el ejército contra Buenos Aires. Los acuerdos ahora, revestían cada vez más un carácter “de cúpulas” y poco faltaría para que las mismas entrasen en alianza política con la oligarquía porteña mitrista. Sin embargo, frente a Julio Argentino Roca que se mantenía como figura fuerte, Mitre lanzó su propia candidatura provocando la ruptura con la fracción alemista de la naciente Unión Cívica, lo que precipitaría la formación de la Unión Cívica Radical en 1891.

Ante este panorama, donde las alianzas tendían al oportunismo y todo parecía fundirse en un mismo contubernio, el “Zorro” Roca elaboró una insólita maniobra. Intentó en primera



instancia un acuerdo con Mitre, al parecer para frustrar la candidatura de Roque Sáenz Peña, últimamente rodeado de dirigentes juaristas; pero, ante el escándalo que esto provocó en las bases mismas del autonomismo, lanzó como candidato a Luis Sáenz Peña. Como Roque no admitía enfrentarse a su padre, Luis acabó por primar y se presentó con el apoyo de Roca. Accedió así a la presidencia en 1892.

La presidencia de Luis Sáenz Peña se caracterizó por una falta de poder político propio y por un aggiornamiento cada vez mayor de la política a la economía, lo que es decir del PAN al sistema político fraudulento y elitista que mantenía inalteradas las bases estructurales del modelo agroexportador. Aún en esta presidencia -y en la sucesiva donde Roca asumiría en persona nuevamente (1898-1904)- aparecieron ciertos ministros con propuestas algo disruptivas que podrían identificarse como excepciones dentro monolítico rumbo semi-colonial. En esta clave pueden interpretarse las iniciativas en materia ferroviaria a cargo de Emilio Civit, o el proyecto educativo de Osvaldo Magnasco, o algunas denuncias oportunas y punzantes en el Congreso; pero el proceso tenía ya una marcha propia y al PAN solo le deparaba su asimilación al modelo o su extinción.

3.10 Balance de la guerra civil y la Argentina hacia su Centenario

Fue más de medio siglo de una guerra civil que se cobró a su paso un triple genocidio: la represión a las montoneras federales (1862/1870), la guerra del Paraguay (1865/1870) y la “Conquista del Desierto” (1879). Acabó en 1880 con las sangrientas batallas que posibilitaron el ingreso de las tropas del interior a Buenos Aires y la federalización de sus recursos, pero tardíamente, es decir, cuando las bases del modelo agro-exportador estaban asentadas y las provincias del Río de la Plata desmembradas.



Este proceso histórico ocurría en simultáneo a la guerra civil de los Estados Unidos (1861-1865). Mientras que allí, el norte industrial vencería al sur esclavista -partidario de la exportación de tabaco y algodón y de la importación de manufacturas europeas- iniciando un intenso proceso de crecimiento de la industria y del mercado interno, protección aduanera, unificación y expansión geográfica; aquí, las fuerzas centrífugas de los puertos se imponían a los interiores proteccionistas. Manuel Ugarte, adalid de la unidad latinoamericana afirmó al respecto: "...estos Estados, que Bolívar y San Martín hicieron lo posible por reunir y confederar desde los comienzos, se desarrollan independientemente, sin acuerdo y sin plan (...) [saltando] a los ojos el contraste entre la unidad de los anglosajones reunidos en una nación única, y el desmigajamiento de los latinos, fraccionados en veinte naciones". ¿Cuál es -se pregunta Ugarte- la causa del "progreso inverosímil" del Norte? Y responde: "Lo que lo ha facilitado es la unión de las trece jurisdicciones coloniales", en cambio "la América hispana comprende algunas comarcas de prosperidad inverosímil, pero en conjunto prolonga una etapa subalterna (...) sólo importa productos manufacturados y sólo exporta materias primas"⁹. Asimismo, aquí se creaba una veintena de países donde debía fundarse una nación, frustrándose los ideales de mayo y las aspiraciones de los libertadores; mientras Estados Unidos aumentaba su territorio exterminando a los pueblos originarios, comprando o robándole tierras a México.

Durante mucho tiempo se ha sostenido que Estados Unidos había alcanzado el desarrollo porque había sido colonizado por los ingleses, supuesto pueblo industrial y trabajador. Así algunos llegaron a pensar: ¿qué hubiera pasado si las invasiones inglesas triunfaban?, dando a entender que nos hubiera deparado un destino auspicioso. Ahora bien, podríamos re preguntarnos: ¿qué hubiese pasado si en EEUU triunfaban los esclavistas del sur? ¿Y si aquí

⁹ Ugarte, Manuel (1953): *El porvenir de América Latina*. Buenos Aires: Indoamérica, páginas 58 y 61.



triunfaba la fracción federal, latinoamericanista y proteccionista?
Cuanto menos, un desarrollo más integrado.

En América Latina, cada país se especializó en la exportación de un producto en particular, según las condiciones naturales de cada territorio (llamadas "ventajas comparativas"). Bolivia, Perú, Chile y Venezuela fueron productores de minerales. América Central, Brasil, Colombia y Ecuador, exportadores de productos subtropicales. Y, por último, Argentina y Uruguay, exportadores de productos agrícola-ganaderos.

En este modelo de país sólo algunos eran beneficiados: en nuestro caso, los ingleses y la oligarquía portuaria. Pero, ¿quiénes integraban esta elite? Aquellos terratenientes y comerciantes ligados al mercado externo que no se preocupaban por reinvertir capital. Los mismos que cuando visitaban Europa eran famosos por "tirar manteca al techo" para ostentar su riqueza. Apellidos como Martínez de Hoz, Guerrero, Luro, Cobo, Peralta Ramos, Álzaga, Lezama, Anchorena, Mitre y Alvear resonaron a lo largo de nuestra historia, atrincherados en la defensa de sus tierras y bienes, usufructuando un modelo que condenaba a las mayorías a la pobreza y la desocupación.

El poderío económico de esta clase estuvo dado por la "Renta Agraria Diferencial". Claro está que en todos los países los dueños de las tierras obtenían una cuantiosa ganancia. Pero en la Argentina esta ganancia era extraordinaria, ya que las condiciones geográficas de la Pampa Húmeda (clima templado, fertilidad inédita, cercanía del puerto, nivel de lluvias adecuado) permitían una productividad mayor a la del resto de los países. Con estos abundantes recursos, esta clase parasitaria vivió ostentosamente, una parte del tiempo en Europa, otra en Buenos Aires. Sostuvieron la ideología dominante mediante diferentes dispositivos tales como la educación o la prensa



escrita transmitiendo “lo europeo como lo civilizado” y “lo nacional como lo bárbaro”¹⁰.

Habrá que esperar hasta entrado el siglo XX para que un movimiento político cuestione al menos en parte esta dominación.

20

3.11 La inmigración europea

Aún hoy escuchamos que Argentina fue uno de los países que mayor cantidad de inmigrantes recibió. Pensamos o escuchamos que la mayor parte de los argentinos tienen alguna raíz europea: italiana, española, o de algún otro país del cual llegaron inmigrantes.

Está claro que esta idea de que Argentina “bajó de los barcos” es propiamente porteña, en primera instancia porque abonaría al mito de la “Argentina blanca”, pero también por la cuestión fáctica de que la presencia del puerto hizo que la mayoría de los recién llegados se quedaran allí. Pero, ¿quiénes eran estos hombres y mujeres que llegaban -como se decía- “con una mano adelante y otra atrás” sin otra cosa que el deseo de conseguir un trabajo y una vida más digna?

Si bien desde 1860 comenzaron a arribar extranjeros con el fin de “hacerse la América”, no ocurrió en forma masiva sino hacia fines del siglo XIX, cuando en Europa millones de habitantes buscaron nuevos horizontes fuera del viejo continente. La Revolución Industrial había dejado a muchos sin trabajo, no sólo en las ciudades sino también en el campo. Lanzarse a una aventura difícil pero prometedora incentivó a la embarcación hacia el nuevo continente.

Los sucesivos gobiernos luego del mitrismo incentivaron la inmigración europea. Empresarios y funcionarios viajaban a Europa con atractivos folletos invitando a cruzar el océano y radicarse en nuestro país. ¿Por qué lo hacían? En primer lugar, necesitaban

¹⁰ Véase: Jauretche, Arturo (1968): *Manual de zoncetas argentinas*. Buenos Aires: Editorial Peña Lillo.



poblar un país con pocos habitantes en comparación a su extensión geográfica. Pero detrás de este interés económico se escondía uno mucho más profundo: buscaban fomentar la "civilización", que llegaran alemanes, ingleses o franceses a los cuales consideraban superiores; ayudarían así a "blanquear" la población indígena, negra o mestiza de nuestra tierra, considerada como inferior y no productiva.

Pero los inmigrantes que llegaron no fueron los que habían planeado; por el contrario, provenían de las zonas más pobres de Europa, como Galicia, Nápoles, Génova y Sicilia. Atraídos por falsas promesas de encontrar facilidades para conseguir tierras a bajos precios, estos campesinos se encontraron con que esas tierras ya poseían dueños. La opción más frecuente fue permanecer por tiempo indefinido en los conventillos, previo paso por el Hotel de Inmigrantes, y luego establecerse en los alrededores de las grandes ciudades, especialmente de Buenos Aires. La situación de los inmigrantes no fue nada sencilla: la miseria y la desesperanza se instalaban como parte del paisaje cotidiano. La patria natal perdida, la familia abandonada, especialmente la madre y la esposa, era la cotidianeidad dolorosa del hombre solitario en Buenos Aires. Los siguientes versos del tango "La violeta" de Nicolás Olivari resumen esta sensación: "Con el codo en la mesa mugrienta/ y la vista clavada en su sueño/ piensa el tano Domingo Polenta/ en el drama de su inmigración...".

De todos modos, lo cierto es que la llegada de italianos y españoles en su mayoría, pero también de franceses, alemanes, turcos, van moldeando una compleja realidad cultural. Los distintos idiomas y costumbres ponían en peligro la formación de la identidad argentina. Para el grupo gobernante resultó necesario moldear la "nacionalidad argentina", unificar creencias, vocablos, historias; a la vez que formar ciudadanos obedientes y trabajadores industriales. En este sentido es que en 1884 se sancionó la Ley 1420 que, como ya se ha dicho, determinaba la educación gratuita, laica y obligatoria.



3.12 Las ideas de izquierda y el sindicalismo

Junto a los inmigrantes europeos habían llegado las ideas de izquierda, aquellas que buscaban terminar con la sociedad de clases y con el capitalismo. En Europa, luego de la revolución industrial había aparecido un nuevo actor social: los obreros. En la medida en que pasó el tiempo los trabajadores comenzaron a organizarse exigiendo un salario digno, una jornada laboral de 8 horas y condiciones de higiene mínimas. Para luchar contra los patrones se agruparon en sindicatos.

Muchos de los trabajadores se dieron cuenta de que no alcanzaba sólo con conseguir mejoras en las condiciones de trabajo. Observaban que el patrón se quedaba con gran parte de la ganancia mientras que eran ellos los que trabajaban poniendo el cuerpo. Creían que la solución era terminar con el sistema económico capitalista, lo que implicaba suprimir la propiedad privada: si no existían dueños de fábricas, no existirían ni obreros ni burgueses, o sea se terminaría con la sociedad dividida en clases y la riqueza se podría distribuir en forma igualitaria. A estas ideas se las llamaron socialistas. ¿Cómo era la forma de llevar adelante esto? Para ellos, los obreros debían hacer una revolución, quedarse con el gobierno y que el Estado controlara la totalidad de la propiedad.

Otro grupo eran los anarquistas. También querían que desapareciera el capitalismo, pero pensaban que el Estado siempre limitaría la libertad humana por lo cual, si se llevaba a cabo el socialismo, no sería más que cambiar de manos el poder y continuar con la opresión, en este caso en manos de una burocracia estatal. Por eso proponían destruir al Estado. Para ellos, el ser humano tenía la capacidad de organizarse en comunas libres que pudieran auto administrar los bienes y la producción ("Ni Dios, ni Patria, ni Amo" era su lema).



¡Qué sorpresa se llevaron los gobiernos oligárquicos argentinos cuando en vez de llegar europeos sumisos y trabajadores comenzaron a arribar socialistas, anarquistas, que querían revolucionar el orden social!

La oligarquía se concentró entonces en reprimir a estos grupos, impedir que sus ideas se expandieran. Para eso apelaron al estado de sitio, la represión policial y algunas leyes que impedían la entrada al país de aquellos reputados como “peligrosos”, como el caso de la Ley de Residencia. Pero a pesar de los intentos de acallarlos, estos grupos continuaron llevando adelante su lucha. En general, se dividieron en tres grupos.

Por un lado, los anarquistas. Eran mayormente inmigrantes, hombres de oficio que conservaban sus medios de producción: sastres, zapateros, panaderos, pulidores, etc. Se oponían a toda forma de autoridad (el Estado, la Capital, la Iglesia), despreciaban la lucha política (y parte de ellos la sindical) y sus métodos de acción alternaban entre huelgas y atentados. Con absoluta incomprensión de la cuestión semi-colonial nacional, enarbolaban la bandera internacionalista. Entre 1880 y 1910 hicieron numerosas huelgas y protestas y también atentados con bombas a representantes del gobierno o las fuerzas policiales. En 1905 contra el presidente Quintana, en 1908 contra F. Alcorta y en 1909 contra el Jefe de Policía Ramón Falcón, por ejemplo. Este sector decaerá hacia 1910, producto de la brutal represión a que fueron sometidos, pero también en tanto se va distanciando de los trabajadores y sus conquistas concretas.

Por otro lado, los socialistas. Eran fundamentalmente inmigrantes que importaban mecánicamente el socialismo europeo. Se desempeñaban como empleados de servicios: estatales, administrativos y pequeños comerciantes. Las luchas gremiales las subordinaban a las tácticas y estrategias del partido, que otorgaba en general mucha importancia a la labor parlamentaria. Aquí aparecía una contradicción: el socialismo había surgido aquí en el seno de los



trabajadores, pero en un país donde la industria crecía muy lentamente, por lo que no existía una clase obrera organizada y pujante. Así, el socialismo quedaría en el terreno gremial más ligado a un reducido grupo sindicatos profesionales, lejos de aquellas multitudes obreras fabriles a que sus ideas remitían. Un ejemplo de este fenómeno fue la creación del Partido Socialista, orientado por un médico como Juan B. Justo.

Finalmente, apareció la tendencia denominada sindicalismo revolucionario, una escisión del socialismo. Planteaban una autonomía partidaria y centralmente no creían en las estructuras políticas burguesas (oligárquicas o de los “intelectuales”), pero no renegaban de la participación política. Por eso, planteaban que el sindicato era la única organización posible de la clase trabajadora para producir transformaciones profundas. La huelga era concebida como la herramienta de lucha y la negociación como el vehículo para la obtención de conquistas gremiales concretas. Su presencia gravitaba mayormente sobre las áreas urbanas donde se hallaban las industrias complementarias al modelo agro-exportador. Este sector sería el que mayor entendimiento tendría con Hipólito Yrigoyen, en razón del aislamiento del anarquismo y de la cooptación por parte de la oligarquía del partido socialista.

3.13 La Unión Cívica Radical y su “causa” contra el régimen oligárquico

Todos estos fenómenos iban alterando la composición estructural de la Argentina, gringa en sus capitales y “chusma” en las provincias. Sin embargo, la factoría pampeana se mantenía inalterada a la luz de sus saldos exportables que se expresaban en el derroche oligárquico. Era la “gran Argentina construida por nuestros mayores” cuya riqueza daba hasta para “tirar manteca al techo”.

A nivel político, la oligarquía había logrado disipar las disidencias con las provincias integrando a las capas dirigenciales



del PAN y edificando un singular sistema político cuyas visibles variables podían reducirse a sólo cuatro actores, como lo eran el presidente, los electores, los gobernadores y los senadores. La prohibición del libre sufragio y la cooptación de la oposición moderada hacían el resto y el funcionamiento –corrupto y fraudulento- adquiriría un carácter mecánico.

Pero por entre los anhelos populares frustrados que dejaba a su paso la desintegración del PAN, de la cual daba cabal expresión ni más ni menos que su líder histórico, Julio Argentino Roca, asumiendo la segunda presidencia, iría construyendo su movimiento Hipólito Yrigoyen. Silenciosa y clandestinamente, dentro del marco de posibilidades que otorgaba el régimen. Ya para principios de siglo, Leandro Alem, el icónico líder de la U.C.R. se había suicidado y la conducción efectiva del movimiento, que extendía su influencia a nivel nacional, estaba en manos de Hipólito Yrigoyen.

En este contexto, el “peludo” Yrigoyen, el eterno conspirador, organizó una nueva insurrección, en este caso en 1905. Ricardo Caballero, radical de Santa Fe y protagonista del levantamiento, escribió un libro en donde, además de relatar sus experiencias en la revuelta, esclareció la base doctrinaria de la causa radical: “Desde luego, la Unión Cívica Radical confesaba su empeño en la preparación de una conspiración civil y militar, que pusiera en sus manos la fuerza necesaria para imponer la reparación de todas las conculcaciones sociales e institucionales, soportadas por la patria... (...) Siguiendo la línea de pensamiento del doctor Yrigoyen, solíamos decir a las asambleas populares que nos escuchaban, los objetivos inmediatos de la U.C.R., estableciendo que ellos estaban enderezados, principalmente, a restaurar la libre voluntad auténticamente argentina que una torpe legislación impedía expresar. Que la U.C.R. devolvería al pueblo argentino el instrumento



legal de su soberanía, que es el voto garantido y libre, recogido imparcialmente en comicios honorables”¹¹.

Efectivamente, la U.C.R. concebía su revolución como un asunto ético y de reparación nacional, y de allí que su lema de elecciones libres se transfiguraba en una unívoca e irreductible posición política: la intransigencia. Tal intransigencia respecto al régimen, “falaz y descreído”, según denominación acuñada por el líder, no solo propiciaba la visibilización del fraude de cara a la sociedad, sino que también incluía la organización de subversiones civiles y militares que lo fueran desgastando. La eventual toma del poder, se insistía, tendría el esencial objetivo de consagrar las elecciones libres y a partir de allí una nueva moral política. Las elecciones libres eran así un objetivo en sí mismo, pero un objetivo inmediato, suerte de primer paso, insoslayable, para la realización de la gran obra cívica: la redención del pueblo, la salvación de la Patria. De aquí que la U.C.R concibiera su causa por sobre las luchas partidarias.

En 1923, es decir al año de que Yrigoyen culminara su primer mandato, escribiría unos documentos que luego su correligionario Rodolfo Oyhanarte publicó bajo el título “Mi vida y mi doctrina”. Allí, Yrigoyen explicó las bases programáticas de la U.C.R. Sostenía: “...la causa que fue gestada y defendida durante un período tan dilatado y tan intenso, en cuanto al sentimiento de la solidaridad nacional, tenía su programa político; el más trascendente sin duda en la vida de toda Nación: la restauración moral y política de todos sus poderes en el ámbito de la legalidad y la libertad. Es decir, la instauración del gobierno democrático, como expresión auténtica de la soberanía del pueblo”¹². Y en otro pasaje continuaba: “El triunfo de tan alto ideal (ha sido la empresa más trascendente que desde la gesta emancipadora haya realizado el país, pues no solo rescata la unidad histórica argentina, sino que habrá fundado e impuesto al

¹¹ Caballero Ricardo (1976): *Hipólito Yrigoyen y la revolución radical de 1905*. Buenos Aires: Libros de Hispanoamérica, página 15.

¹² Yrigoyen, Hipólito (1957): *Mi vida y mi doctrina*. Buenos Aires: Raigal, página 75.



pueblo una moral, nueva y una escuela cívica de claras y perdurables enseñanzas, sin las cuales se producirá en las sociedades una fatal declinación en todo lo que enaltece y dignifica la vida, y le infunde un destino de responsabilidad moral al sentido del hombre”¹³. Se trataba para Yrigoyen de una salvación, un dogma, un apostolado; lo cual no le impedía puntualizar en torno a las tácticas políticas del movimiento: “...fue, pues, en el ambiente de ese grávido recogimiento donde se gestaron los medios y las formas de la lucha, que servirían luego como técnica de acción a la U.C. Radical y que son: La Revolución, la Intransigencia y la Abstención. Con la Revolución se propuso mantener en pie de rebeldía –en la conspiración constante- a la ciudadanía argentina, contra los usurpadores del poder. Con la Intransigencia se encerraban los postulados del Dogma, en una interpretación ortodoxa e intangible. De tal modo, se hacía imposible la desvirtuación de su sentido ético e histórico en entendimientos o uniones con facciones políticas a las que siempre habíamos combatido. Con la Abstención se lograba evitar que gran parte de los ciudadanos cedieran a los halagos de las prebendas y del usufructo de las cosas materiales, a cambio del debilitamiento de sus conciencias de hombres libres”¹⁴.

Como elemento componente de la táctica revolucionaria tuvo lugar, entonces, la insurrección militar y civil de 1905. Al analizar la trayectoria política de sus integrantes, Caballero demostró los orígenes mayormente federales y autonomistas de los correligionarios radicales, lo que se condice con las posiciones anti-mitristas que sostuvo siempre Yrigoyen. El estallido de la revuelta guardaba, además, como carácter simbólico el haber ocurrido justo cuando Roca cedía el gobierno a Quintana -prototipo de la aristocracia porteña- y un día después de que Riccheri, hombre de Roca en el Ejército, solicitara su relevo. Simbolismos a un lado, lo cierto es que Roca, aún a pesar de su integración al régimen oligárquico, conservó siempre su autonomía respecto al mitrismo; de

¹³ Ibídem, página 104.

¹⁴ Ibídem, página 53.



aquí que tal vez pueda interpretarse el beneplácito político que, ya sin su poder de caudillo y dedicado a la vida privada, le dispensaría a la eventual llegada al poder de los radicales.

Como sea, lo cierto es que el gobierno logró sofocar la insurrección, apresando o quitando la jerarquía a los militares radicales participantes y persiguiendo luego a los militantes civiles que fueron identificados. El radicalismo ganaba empero en predicamento popular y se insinuaba en las barriadas como el actor realmente popular, pero proscripto.

3.14 La Argentina del Centenario

Buenos Aires, 1910. La Ciudad se preparaba para celebrar los cien años de existencia de la "patria". Los festejos incluían ilustres visitas como la Infanta Isabel de Borbón, el presidente chileno Pedro Montt, el italiano Ferdinando Martini, el alemán General Colmar von der Goltz, entre otros. La ciudad cosmopolita se presentaba al mundo como la "perla europea de América". La civilización y el progreso parecían haberse finalmente alcanzado.

Se vivía en una economía dependiente del mercado internacional y altamente ventajosa sólo para una minoría oligárquica antinacional y conservadora. Raúl Scalabrini Ortiz sintetizaba de este modo nuestra inserción al mercado mundial: "Somos el único exportador de carne fina y de tanino. Somos el más importante exportador de lino y uno de los principales exportadores de trigo y de maíz. Somos el cuarto o quinto exportador de lanas y uno de los pocos exportadores de cueros. Todo el comercio de exportación lo controla Inglaterra, porque no tenemos un solo barco mercante de ultramar ni un solo ferrocarril que atraviese las zonas productoras. Por otra parte, somos un comprador excepcional. Pagamos por las mercaderías y por el carbón británico precios que no paga nadie en



el mundo”¹⁵. Como corolario, la gran mayoría de la nación se ahogaba en la miseria.

Era el país del Centenario, una Argentina para pocos. Pero aquellos excluidos de estos privilegios quisieron hacer oír su voz frente a tanto público presente. Mientras se realizaban los preparativos para la celebración de los 100 años de la Revolución de Mayo, los obreros convocaron a una huelga para el 18 de mayo con el objetivo de derogar la Ley de Residencia. El Estado oligárquico, fraudulento y antipopular respondió dictando estado de sitio y con una fuerte represión policial. Al margen de lo icónico, lo cierto es que así festejó la oligarquía su Centenario.

Sin embargo, dos años después, la U.C.R. lograría que al fin se sancionase una ley electoral que determinó el voto secreto, universal (sólo para los hombres, es decir no universal) y obligatorio. Tras tantos años de lucha y de conducta indeclinablemente abstencionista, sostenida a fuerza de moral y austeridad contra las prebendas con que el régimen operaba, la U.C.R conquistaba al fin la herramienta que tan intransigentemente sostenía como condición para presentarse a elecciones. Era la condición insoslayable con que comenzar la obra cívica.

La tan anhelada ley se declaró bajo la presidencia de Roque Sáenz Peña, un “reformador” como tantos, pero que al fin cedía a la presión del radicalismo. En marzo de ese mismo año se practicó por primera vez en la provincia de Santa Fe, donde triunfaron los radicales. A los pocos meses, también en Santa Fe, en la sureña ciudad de Alcorta, estalló un movimiento de chacareros que protestaban, entre otras cosas, por el alto precio de los alquileres: era el grito de Alcorta, que se extendió rápidamente a otras ciudades y que daría nacimiento a la Federación Agraria. La apertura política que se vislumbraba operaba a modo de estímulo a las demandas democráticas del pueblo.

¹⁵ Scalabrini Ortiz, Raúl (2001): *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Plus Ultra, página 157.



Sin embargo, en 1914 murió Roque Sáenz Peña y, en su lugar, asumió Victorino de la Plaza. Su presidencia, carente de todo poder real, tenía empero la difícil tarea de continuar con el cumplimiento de la ley y, lo que más aterraba a la oligarquía, hacerla efectiva en las elecciones presidenciales que tenían cita en 1916. Se aguardaban esos años como el preludio a lo nuevo. El presidente, acorralado entre los editoriales del diario La Nación y el poder de veto del “invisible” pueblo radical, optó finalmente por lo que se demostraba ya impostergable: las garantías del Ejecutivo para la celebración de las elecciones nacionales del 16. Prácticamente a eso puede reducirse su fugaz paso por la presidencia.

Efectivamente, en el año 16, Hipólito Yrigoyen, en representación de la U.C.R. y por mayoría de electores, resultó electo presidente de la Nación.